

Rafael José Alfonzo

Voces plurales situadas en el umbral

Entre sus obras:

El Laberinto y la Pena-Ensayos sobre la cuentística Rulfiana (1992) y *La Metamorfosis de lo Idéntico - Ensayos sobre Poesía y Narrativa Latinoamericanas* (1994); un libro de relatos, *Morir en los Bordes de Enero y Otros Relatos* (1992) y los poemarios *Errantes y Sitiados* (1987), *Arcanos* (1997), *Juglarta* (1998), *Tribal* (1998), *Testimoniales* (1999) y *Memorias del Verano* (2001).



Ars Narrativa: Ars poetica

En lo que a mí respecta, he ejercitado con la misma vehemencia tanto el cuento como la poesía. A veces creo que ambos ejercicios comparten los mismos zaguanes; de allí que se ha hecho imposible sacudir esa atmósfera narrativa de mis textos poéticos y deslastrar las imágenes que se enhebran en el tejido narrativo. Muchas veces he justificado este desplazamiento mutuo argumentando la afirmación de Julio Cortázar de que “el génesis del cuento y del poema es sin embargo el mismo, nace de un repentino entrañamiento, de un desplazarse que altera el régimen ‘normal’ de la conciencia, en un tiempo en que las etiquetas y los géneros ceden a una estrepitosa bancarrota” (*Último Round*); para él el cuento es “caracol del lenguaje, hermano misterioso de la poesía” (“Algunos aspectos del cuento”)

Todo este ejercicio ha sido impulsado por voces plurales situadas en el umbral de mi escritura; mueven mi mano, sombrean cada línea que recorre vertiginosamente los extremos huidizos del papel. Esos ecos son evidentes, y han sido la proyección de la respiración de la casa, de los santos, de los pálpitos de la memoria de mi gente. A través de íntimos escritores, poetas y narradores, he redescubierto y reinventado un imaginario que husmea continuamente mis sueños y en donde me repito y delecto. Entonces, ¿quiénes configuran ese reta-

blo de voces que subyace en la escritura?, ¿quiénes nos ceden sus voces para hacerse rumor y nostalgia en nuestros textos?. Podría, concientemente, trazar un apresurado inventario donde aparezcan los íntimos, esos que bordean la página en la práctica ingrima de la escritura. Sin lugar a dudas, en el entramado de mis textos está hilvanado un diálogo con Juan Rulfo, Guimarães Rosa, Ramón Palomares, Juan Sánchez Peláez, Luis Alberto Crespo, Rafael José Álvarez, Efraín Hurtado, Guillermo Sucre, Eugenio Montejo, Roa Bastos, Octavio Paz, y otros, que como Reynaldo Pérez Só se vislumbran en ese silencio esparcido dramáticamente en la página. Esos ecos escriturales los sentimos en una escritura que se nutre de referencias telúricas, comarcales, de la casa como fabulario, de una herencia cristiana y sefardí, del desarraigo, de la imagen de una ciudad doblada en el espejismo, de un orbe cotidiano en que vivos y muertos conversan en el fondo de los espejos. Digo referencias telúricas con todas sus implicaciones y elementos caracterizadores: lenguaje, vicios atávicos, formas de vida, mitos domésticos, leyendas, etc; pero de ninguna manera creo estar recorriendo los linderos de un telurismo epidérmico, o del llamado “color local” tantas veces expresados en los manuales de literatura. Con los contemporáneos que he citado me une, también, una misma visión del hombre, del mundo y de la muerte; esa imagen de la muerte que da sombra y claridad a mis palabras. La muerte, la evocada por el poeta Juan Sánchez Peláez, “La puta madre muerte/ que come/ umbelas umbrales/ cerezos rojos en el patio” (“Los Viejos”). Siempre he creído que estoy condenado a sus designios y por eso permanece echada como un rescoldo en mi imaginario. En fin, ella es texto, personaje, público y escenario.

Actualidad

Sabemos muy bien que toda escritura es una aventura personal y colectiva. Y esa aventura, a grandes rasgos, tiende a la búsqueda de nuestras señas, de ese lugar o absoluto, espacios de las transfiguraciones donde todos los contrarios se unen. Cada uno busca su formas de deletrearse para acceder a ese reino, huidizo y permanente, donde seremos. En mi caso, sigo el haz verbal de mis antecesores que han concebido en sus textos a la comarca como una metáfora del hombre y del cosmos. Creo que me sería difícil configurar un texto donde estén presentes los utensilios que conforman nuestra vida cotidiana; digo por ejemplo, un poema donde aparezca un televisor, una licuadora, o un cable submarino; puedo decir que estoy condenado, en el mejor sentido de la palabra, a los espacios de la gran casa, del orbe doméstico, a esa familia reseca, haciéndose hilachas, estorbos; a la imagen de la madre,

logos y omnipresencia; la madre que se iba todas las tardes con los ángeles y que regresaba para encerrarse en los espejos, los tíos que bajan de los cuadros para tocar los bordes del agua consagrada; otra vez la casa detrás de la lluvia, la respiración de los domingos que desordena la duermevela, la presencia obsesiva de la muerte que nos deletrea y se agrieta en los rincones. Todo ese universo, resonancia de la poesía y narrativa latinoamericana que tiende a expresar otra dimensión de lo telúrico; dista de ser una mera extensión geográfica; “nunca está referido a sí mismo, como lo expresa Octavio Paz, sino a otra cosa, a un más allá”. Se transparenta, se hace palabra, silencio, imagen, regreso a la infancia, nostalgia del paraíso, juego, memoria de nuestros antepasados, errancia, epifanía, máscara.

Quiero dejar constancia de que no soy pesimista ante la producción literaria en nuestro país. Creo que una caterva de alucinados sigue en pie en su lucha contra el olvido y la muerte, sigue oreando el verbo salvador en un contexto estremecido por la crisis. Basta ya de aludir a la inexistencia del libro venezolano en las librerías del “primer mundo, de señalar la falta de espíritu aventurero de nuestros escritores para radicarse en Europa y desde allí configurar la gran obra, de referirnos a la ausencia de una política de promoción del “escritor nacional”, etc, etc. Basta ya de lamentos, de sentirnos disminuidos por no tener en nuestro territorio al Proust del Delta, al Rulfo de Trujillo, al Onetti de Lagunillas, al Joyce de Maracaibo o al Bretón de Coro. Cuando escucho a las plañideras de oficio recuerdo al inmenso y órfico Lezama, aturdido por la silbante asma y la respiración de los santos, buscando *el logos de la imaginación* sin la angustiante ansiedad de atravesar el umbral de su húmeda casa habanera.

A pesar de todo, no me siento solo. Pertenezco a *esa inmensa minoría* que todavía cree en el poder omnipotente de la palabra poética. No me considero un ser excepcional, incontaminado, aséptico ni impermeable a los procesos que vive mi país. Soy un simple ciudadano que sigue en la periferia de un orden político desgastado, de un sistema que ha sido incapaz de proporcionarle, tan siquiera, el ansia de vivir a unos ciudadanos que se desvanecen en la miseria. Por eso, elaboro un discurso opuesto al de los que ostentan todos los poderes, a la palabra banal de los gendarmes que han creado una realidad virtual, enmascarada, que alimenta las ilusiones de los que mueren de hambre y que yacen entre pestilencias en las calles de las grandes ciudades de mi país. No creo en la literatura comprometida, esa de exaltado tono verbal, resucitadora de mitos revolucionarios, de fósiles patriotas que a la larga nos ofrece una visión petrificada de la historia. Bien, nos expresaba,

el poeta Ramos Sucre que “lo único que podemos hacer con la historia es falsificarla”. Esa debe ser una de las funciones del arte: desmitificar, quebrantar la realidad para orearla en un plano superior, actualizarla. Todo esto, me ha llevado a no admirar a nuestros gobernantes, a no aspirar su entorno, a distanciarme de sus gruñidos. Pero de algo estoy seguro: la ficción nos da la posibilidad de seguir viviendo, de poseer el rostro que nos pertenece. Claro está que los escritores no podemos estar ausentes de todo el cataclismo que nos rodea; a la par con nuestro humilde oficio debemos tomar una actitud crítica ante el discurso avasallante de los cancerberos que resguardan el orden aniquilante. Recuerdo que en una ocasión Vargas Llosa dijo con tono enfático que “el escritor es el aguafiestas de la sociedad”. Yo lo creo, el escritor es sólo eso, “un aguafiestas,” un guijarro en el zapato, una astilla en el ojo de los immaculados que creen andar con pasos seguros en el mundo.

Sí, a pesar de que mi ejercicio escritural se encuentre volcado en pocos títulos soy optimista; dos libros de ensayo dan referencia a mi breve inventario: *El Laberinto y la Pena-Ensayos sobre la cuentística Rulfiana* (1992) y *La Metamorfosis de lo Idéntico - Ensayos sobre Poesía y Narrativa Latinoamericanas* (1994); un libro de relatos, *Morir en los Bordes de Enero y Otros Relatos* (1992) y los poemarios *Errantes y Sitiados* (1987), *Arcanos* (1997), *Juglaría* (1998), *Tribal* (1998), *Testimoniales* (1999) y *Memoriales del Verano* (2001). Entre los galardones que he obtenido podemos citar, entre otros, Premio de la Casa de la Cultura de Maracay, Premio de Poesía Ramón Del Valle Laveaux, Premio de Narrativa Daniel Mendoza, Premio de Narrativa Cecilio Zubillaga Perera, Premio Nacional de Poesía Orlando Araujo, Premio de Cuentos Lola de Fuenmayor, Bienal de Narrativa Rómulo Gallegos, Primer Premio del Concurso Nacional de Poesía de las Universidades Nacionales, Premio de Narrativa y Poesía de la Asociación de Profesores de la Universidad de los Andes, Premio Municipal de Literatura (Poesía) Caracas, y el Premio del Concurso de Cuentos del Diario *El Nacional*. Todo esto viene a demostrar, como lo ha declarado nuestro Sael Ibáñez, que *mi único delito en este mundo ha sido fantasear con la muerte*. De allí que si el delito del héroe trágico de Sófocles era haber nacido, mi culpa, esencia y sentido de mi escritura es tratar de expresar ese lado oscuro del lenguaje latinoamericano: el murmullo de los muertos.